

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 26 Octubre 1916.

Número 43.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

PEREZA INTELECTUAL

Hoy no tengo ganas de desarrollar un tema político cualquiera: me siento más apto para dejar correr la pluma á la ligera

sin ton ni son y para gusto mio.

Procuro explicarme la razón de esta resistencia á tratar estensamente un tema, y no se me ocurre otra sino que el cerebro tiene también sus caprichos como el estómago, que prefiere algunos días gulumear á comer.

No es la vez primera que esto me pasa cuando quiero hablar algo de política, sobre todo de política republicana. ¿Qué puedo decir que no haya dicho en tantos años? ¿Por dónde la enfilo?, me pregunto con la pluma en la mano. Y acabo por soltarla sin haber trazado una letra: todo lo que á sus puntos acude me parece nimio, falso, repetido.

Y siempre que esto me pregunto, añado:

¿Si después de tanto alardear de que la verdad es mi dueña y señora, resultará que no me atrevo siempre á prestarle el homenaje debido? ¿Si ufandome de poseer una voluntad firme, no seré más que un irresoluto como tantos otros? ¿Si vendremos á parar al fin en que, pese mis alardes de independiente y sincero, hay derecho á calificarme de un farsante más, puesto que carezco del valor necesario para decir todo lo que pienso, siento y sé?

Y al preguntarme esto, rehuyo la respuesta, ó la aplazo atendiendo á esta consideración:

Cuando viene á verme algún lector

de El Motín, me conozca ó no personalmente, suele decirme por regla general algo parecido á esto: «Cuide-se usted mucho, D. José, que el día que usted se muera dejarán de decirse muchas cosas.» Y lo mismo me escriben algunos.

Yo me sonrío, les doy las gracias por su buen deseo, y me pregunto cuando se van: «¿Pero qué digo yo que no puedan decir todos?» Y repaso en mi memoria cuanto he dicho, y no encuentro nada que me induzca á crearme una especialidad en decir cosas.

Si fuera lo contrario, en *callar cosas*, acaso aceptara á cierra ojos la opinión de esos amigos, pues yo sé bien que pudiera airear algunas que acaso sorprendieran un poquito.

Al llegar aquí, pienso que mis vacilaciones pudieran obedecer á esto:

Si es cierto lo que algunos dicen, de que *todo espectáculo está dentro del espectador*, ¿no pudiera yo equivocarme al juzgar la situación del partido republicano, bien por el aislamiento en que vivo, bien porque el pesimismo es la enfermedad moral de la vejez?

Pero dejemos por hoy este punto, que merece ser tratado, y que trataré despacio.

LO FALSO Y LO REAL

Los partidos políticos sólo ven perfecciones en sus ídolos, aunque salten á la vista sus defectos.

Nadie tan apasionado como un fanático político, ni tan ciego ni tan sordo.

Sólo así se explica que en todos los partidos, los populares especialmente, no haya manera de separar lo falso de lo verdadero, ni lo sano de lo podrido. Una vez inclinadas las masas hacia un lado ó hacia un hombre, no hacen caso de nada de lo que se les diga. La verdad más evidente es para ellas mentira demostrada.

Leyendo la novela *Gil Blas de Santillana*, tropecé en el capítulo VI con este relato, tomado de una fábula de Fedro, que me pareció apropiado para demostrar la idea antes expuesta.

«Juntose en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacían unos charlatanes titiriteros. Entre ellos había uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufón, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la función dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejose ver sólo en el

tablado, cubriose la cabeza con la capa, agachose y comenzó á remedar el gruñido de un cerdillo de leche, con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenía escondido debajo de la capa algún marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa; hizolo así, y viendo que no tenía cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un labrador que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas expresiones de necia admiración, gritó, pidiendo silencio, y dijo: Señores, sin razón se admiran vmds. de lo que hace ese bufón. No ha hecho el papel de marranito lechal con tanta perfección como á vmds. les parece. Yo lo sé hacer mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene más que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatán, se juntó al día siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, más para silbar al paisano que por divertirse en ver lo que había prometido. Dejaronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufón y fué más aplaudido que lo había sido nunca. Siguióle después el labrador; agáchase cubierto con su ropa, tiró de la oreja á un marranillo que llevaba escondido bajo el brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos que talaaban los oídos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo y atolondró al paisano con silbidos. No por eso se turbó ni corrió el buen labrador; antes bien mostrando el lechoncillo al auditorio, señores, dijo con mucha socarronería: *Vmds. no me han silbado á mí, sino al marrano. Miren ahora qué buenos jueces son.*»

No puede ofrecerse ejemplo más convincente de que lo falso predomine sobre lo verdadero en el vulgo político, sea aristocrático, sea plebeyo ese vulgo.

Por esto cuando el fanatismo se empeña en que un histrión político gruñe bien, ya le pueden poner enfrente cochinitos auténticos.

PREDICAR EN DESIERTO

Nadie me negará que tengo el suficiente sentido común para no comparar al león con el gato, aunque pertenezcan á la misma especie;

ni á la ballena con el boquerón, aunque vivan en el agua;

ni al águila con el gorrión, aunque vuela en;

ni al cedro del Líbano con la jara, porque se nutran de los jugos de la tierra;

ni al Himalaya con el Cerro de los Angeles, aunque representen alturas.

Y hago por anticipado esta advertencia, por si acaso á algún menestero de meollo se le ocurriese pensar que trato de establecer comparación alguna al decir lo que sigue.

Si á Jesús lo llama su padre hace unos dos mil años y le dice:

—«En el planeta Tierra ha llegado la corrupción al extremo, y he pensado que vayas á redimir aquella gente de la esclavitud del pecado. Pasarás treinta y cinco años combatiendo en tus predicaciones la mentira, la hipocresía, el fariseísmo, la injusticia, á la vez que á los altos, á los poderosos, á los soberbios. Y no desmayarás aunque te desatiendan los que vas á salvar, ni enmudecerás aunque te crucifiquen los que combatas.

— Señor y Padre mío, le hubiera contestado seguramente Jesús--hágame tu voluntad en todo. De lo del sacrificio nada digo, puesto que es necesario para salvar á aquellos pecadores; pero en cuanto á los treinta y cinco años de predicación, temo que, aun contando con tu gracia, no me sienta con fuerzas para llegar al término. Son muchos años para pasármelos predicando en desierto. ¿No podrías acortar el plazo de la predicación, aunque así se acelerase la hora del sacrificio?

Y probablemente el Padre, al escucharle, hubiera dejado reducido á tres años escasos (el que empleó Jesús según la tradición), el plazo de la predicación

¡Treinta y cinco años! ¡Los que llevo yo de predicar en vano la unión de los republicanos, y no en el desierto, si no en la plaza pública! Con esta desventaja para mí. Que á él, aun al desierto lo seguían y lo escuchaban, mientras á mí ni en la plaza pública me oyen.

La indiferencia con que ha sido acogida por la opinión republicana el artículo de EL MOTIN titulado *A todos los republicanos*, me autoriza para hacer esa afirmación.

Hablaré de esto en otro número.

En este sólo he querido apuntar la idea para disculparme por lo que digo en el articulejo anterior.

UN HALLAZGO

Hace algún tiempo, desde que comenzó á flaquear mi memoria, di en apuntar en un Cuaderno algunos incidentes políticos, algunas fechas y hasta ciertas ideas que se prestaban á ser desarrolladas.

Se me traspapeló el Cuaderno hace un par de años y lo he hallado ahora. Y aun cuando por la concisión telegráfica con que hice los apuntes unas veces y otras por el mal perjeño de la escritura me encuentro hoy con que á lo mejor no caigo en lo que quise apuntar, no deja de haber materia en el Cuaderno para llenar algunas co-

lumnas cuando no halle asunto en los sucesos de la semana.

El primer apunte con que tropezaron mis ojos al abrir el Cuaderno al azar, fué el siguiente:

«Teniente González.--Baños--Ocho duros.—Siete correligionarios.—10. Estupefacción.»

Nadie, no siendo yo, podía haber descifrado lo que ese apunte recordaba. A mí me bastó abstraerme un poco para reconstituir el hecho, que voy á referir sucintamente.

Poco tiempo antes de morir, vino á la redacción de EL MOTIN el teniente González, compañero de capilla de Villacampa, á ver si quería yo ayudarle á que fuese á los baños de no sé dónde, pues se encontraba muy enfermo. Le entregué un billete de 50 pesetas, rogándole que me dispensara por no serme posible hacer más, y se quedó estupefacto; si bien no tanto como yo al mostrarme él una lista de suscripción en que figuraban siete personas importantes del partido que lo comprometió á sublevarse, lista que arrojaba un total de *ocho duros*.

No pude contenerme, y solté una expresión durísima; creo que fué la de ¡miserables!, pues lo eran por partida doble.

Me advirtió el teniente González, sin duda para disculparlos, que algunos de aquellos señores habían influido antes para que le concediesen una plaza de *vigilante de consumos*, y me arrepentí de mi irreflexivo arrebato. No hay derecho á exigir de los correligionarios que hagan á menudo sacrificios tan grandes.

¿Por qué hablo de esto? Por soltarle una pulla á *El País*, que á lo mejor se nos viene hablando de si Patricio Calleja, y sublevado también el 19 de Septiembre sentenciado á muerte también, aunque pudo escapar, se encuentra á sus ochenta y tantos años sin recursos y abandonado por todos.

Lo deploro; mas juzgando imparcialmente, él y sólo él, Calleja, tiene la culpa. ¿Quién le mandó exponer su vida por traer la República, existiendo una Monarquía tan tolerante y tan generosa que no desai. a á ningún republicano que solicita sus favores?

Hay cerebros en los cuales se aposentan las ideas rancias con más fuerza que se agarra la lapa á la peña que el mar bate.

Hubiera Calleja, en vez de sublevarse, procurado ser diputado ó concejal, y no se vería como se ve.

Una mala orientación, lo mismo en la política que en los negocios, que en todo, descacharra para toda la vida el porvenir de un hombre.

Otro de los apuntes era éste:

«Zorrilla—Martínez Campos.—Olvidar y perdonar—».

Aquí no tuve que hacer gran es-

fuerzo de memoria. Recordé el hecho como si ayer hubiera ocurrido. Y fué así:

Una de los veces que allá por 1890 y 91 estuve en París á tratar con Ruiz Zorrilla de asuntos revolucionarios (entonces no habían entrado aún estos asuntos en los dominios de la leyenda ni formaban parte de la Mitología republicana) recayó la conversación sobre Martínez Campos, y Ruiz Zorrilla lo atacó duramente, lo mismo en el terreno militar, que en el político, que en el personal.

Cuando acabó de emitir su juicio, al ver que yo callaba, me preguntó:

—¿No opina usted lo mismo acerca de ese hombre funesto para la Libertad?

—Sí, le contesté.

—Como nada decía...

Estaba pensando, mientras usted hablaba, en que si en este momento entrase por esa puerta Martínez Campos y le dijera: «Vengo á trabajar con usted por la venida de la República», tendría que ver la indignación con que usted rechazaría su ayuda.

—¡Oh, no; eso no! Le abriría los brazos, me contestó el jefe revolucionario con su impetuosidad acostumbrada; porque entonces no dudaría de la pronta venida de la República.

—Lo cual prueba, le repliqué, que en política hay que olvidar y perdonar. Sin haber pasado sobre los sucesos de 1866 las redentoras aguas del olvido, hubiera sido imposible hacer en 1868 la revolución.

Ruiz Zorrilla me miró fijamente y me tendió la mano sin decir palabra. Yo mudé de conversación.

Estoy contento con el hallazgo del Cuaderno. Lo consultaré cuando carezca de asuntos para llenar el número.

RESPUESTA

Con motivo de las dificultades que encuentra ahora EL MOTIN, como casi todos los periódicos, para ir tirando, no falta quien me diga que nadie tiene la culpa sino yo, por haberme empeñado en nadar contra la corriente.

No lo niego. Es posible que, de haberme dejado arrastrar por ella, pudiera haber sido algo de esto:

Político influyente; cacique tal vez; acaso rico; sin acaso adulado; académico; condecorado con tres ó cuatro grandes cruces; insoportable de vanidad, reventante de petulancia. Sí, todo esto pude ser como tantos otros que valían próximamente lo que yo, ó menos, sólo con haberme acomodado á seguir la senda que siguieron los muchos cucos que en España han sido.

Pero se conoce que el Hado, ó el Destino, ó la Providencia (como quiera llamarse á la casualidad), vió que yo era uno de los pocos españoles lo

bastante lila para intentar y proseguir estas tres empresas semi-imposibles: *moralizar* al clero, *unir* á los republicanos, y empeñarme en publicar un periódico á palo seco, es decir, sin cobrar subvenciones de nadie, ni siquiera de los gobiernos, y sin publicar anuncios, ni cobrar elogios, ni cotizar silencios, y por consiguiente, el más á propósito para fundar EL MOTIN.

Y aquí me tienen ustedes fracasado en los tres empeños, pero sin echar todovía de menos nada de aquello que hubiera podido obtener por otro camino.

¿Inferioridad? ¿Necedad? ¿Orgullo? No puedo precisarlo. Acaso un poquito de cada cosa de esas. Los tontos no servimos ni para definir los móviles que determinan nuestras acciones.

LO DEL PAPEL

No he hablado hasta hoy del auxilio que el Gobierno ha acordado conceder á la Prensa por la carestía del papel. Me enteré de que los periódicos semanales quedaban excluidos, y no quise que pareciese que combatía la concesión por despecho.

Y si hablo hoy, es por tener entendido que se trata de extender el privilegio á los semanales, y desear hacer por anticipado esta declaración: «Si ese caso llega, yo no me aprovecharé de las ventajas económicas que me conceda ese decreto.

Habiendo combatido siempre toda clase de privilegios, no voy ahora á ponerme en contradicción conmigo mismo porque ese me favorezca. Quiero conservar íntegro el derecho á seguir oponiéndome á todos.

Obrar de otro modo, sería sumarme con los que predicán y no practican.

EN LA SOMBRA

Quizá lo que principalmente distingue la vida política de España de la de los demás pueblos democráticos de Europa, no es la doctrina contenida en las respectivas Constituciones y demás leyes, ni la imperfecta organización y funcionamiento de los servicios del Estado, ni tampoco la capacidad y cultura respectiva de los gobernantes; tal vez más que en todo eso, la diferencia está en que la marcha de la vida política se verifica en esas naciones clara y ostensiblemente, á la luz del día, mientras que, en España, las etapas más interesantes y decisivas se resuelven y trascurren en la sombra, en los oscuros subterráneos donde el genio del mal labora la desgracia de los individuos y de los pueblos.

Y no es aventurado afirmar que este hecho es la primera causa de que la acción dirigente y propulsora del Estado sea tan infecunda en nuestra patria: lo mismo hoy, con nuestras

vanas conquistas democráticas, con nuestra híbrida monarquía constitucional, bajo la pública actuación de ocho ministros responsables, que hace cuatro siglos con el absolutismo de los Austrias, bajo el secreto influjo de confesores, inquisidores y legados. De ese hecho ha nacido el innegable divorcio que existe entre los políticos, cualquiera que sea su clase y partido, y el cuerpo general de la nación extraño al medro y sinecuras del poder; él es el origen de la indiferencia del pueblo respecto á los grandes problemas de nuestra vida nacional; de él arranca éste nuestro desolador escepticismo acerca de la rectitud y patriotismo de los gobernantes y acerca de la eficacia de todos los organismos del Estado, por lo cual unos y otros viven y se agitan en un ambiente artificial, enrarecido, sin contacto alguno con el alma vivificante de las multitudes.

*
* *

Veamos algunos casos de los muchos que abarca ese hecho característico de nuestra vida política.

Pocos actos habrán tenido en la vida moderna de ninguna nación, la importancia y trascendencia que ha tenido, tiene y tendrá en la nuestra, la readmisión de los frailes. No sólo sustraen anualmente á la economía nacional las comunidades religiosas más de quinientos millones de pesetas, lo cual es bastante para impedir que levante cabeza una nación tan empobrecida como la nuestra, sino que todavía es más grave en otros aspectos de la vida nacional. La interpretación restrictiva de todas las leyes de carácter liberal, la desespañolización de las clases adineradas, el encogimiento y esterilidad del capital español, la vesania suicida del separatismo en Vizcaya y Cataluña, el rebajamiento, la falta de idealidad de toda nuestra vida pública y privada, la castración espiritual de España, en suma, al influjo de las comunidades religiosas se le debe. Pues bien ¿cuándo y quiénes hicieron públicamente campañas de opinión para que se las readmitiese? ¿Quiénes y en qué Parlamento discutieron y aprobaron la derogación de una ley tan trascendental como esa que prohibía y prohíbe la existencia en España de tales comunidades? Nadie ni nunca, no obstante que vivimos en plena democracia.

Otro hecho importantísimo, de los que muestran los secretos designios que impulsan y guían nuestra vida política, es la demarcación electoral. En un país como el nuestro donde las diferencias entre la población rural y la de las ciudades son tan grandes; donde á la natural pobreza é ignorancia del campesino, hay que añadir la parálisis y regresión mental que la falta de comercio espiritual lleva consigo, y á la cual, por varios moti-

vos están condenados gran parte de nuestros desventurados labriegos; en un país donde á estas causas de inercia y retroceso hay que unir el embrutecimiento sistemático, que fervorosamente llevan á cabo el cura y el maestro; en una palabra, en un país donde son posibles comarcas como Las Hurdes y Las Batuecas, es evidente que la virtualidad del sufragio universal, base de todo el edificio democrático, depende, en primer término, de cómo se haga la demarcación electoral. Hacedla de modo que el voto de la población rural se sobreponga al de las ciudades, de modo que el espíritu dinámico y reformista de las urbes haya de ser vencido por el espíritu estático y misoncista de los campos, incapaz, en la mayoría de los casos, de levantarse más allá de los límites del horizonte sensible; hacedla de modo que el ciego y agudo egoísmo aldeano, nacido de la áspera y solitaria lucha con una tierra ingrata y con amos y señores más ingratos aún, pueda apagar los contados focos de amor y de luz que la suma condensación, presencia y contacto del dolor humano hacen brotar de la ciudad, y habréis hecho del templo ideal de las leyes, soñado por todos los hombres justos y generosos, un prostíbulo; de la tribuna de las arengas, donde la voz de los oradores debía resonar por el ámbito de la patria como cántico de unión y de esperanza, de esa tribuna que debía ser *sursum corda* de todos los desvalidos y faro que guiase y alentase á lo nación á los más altos destinos, habréis hecho una bolsa de contratación donde se vendan y compren todos los grados, usos, matices y cualidades de la palabra, desde la más parlamentaria, sonora y abundosa, hasta el más elocuente y ávido de los silencios. Pues esto es lo que se ha hecho en España con la demarcación electoral, y ésto es lo que, á la chita callando, se mantiene hoy, fornicando el artículo 27 de la Constitución y todos los demás concordantes con él de las correspondientes leyes sustantivas y adjetivas.

*
* *

¿Y á qué seguir y cansar á los lectores? Así, por los mismos procedimientos tortuosos y oscuros, se ha desprestigiado, corrompido y hecho odioso el Jurado; así la libertad personal y la integridad física de los ciudadanos, han venido á quedar á merced del último policía que le dé la gana de sentirse desacatado; así nos han metido de hoz y de coz en el avispero de Marruecos; y así, en fin, han hecho cisco al partido republicano ciertos diputados y concejales, por sus «sórdidas colaboraciones» con los gobiernos de la Monarquía.

M. M.

Cine clerical

De compras

—¿De dónde bueno, D.^a Rita?
—Hija, vengo cargada como un jumento... Encargos para las monjitas... Algunas cositas para los Padres... Minutías para un altar de la parroquia... ¡Uf! Cójame usted esta caja, que me ahogo...

Con mucho gusto... No faltaría más... Pero, hija, está sudando como un pollo... Pero ¡cuánta cosa!

—¡Hay tantas necesidades en esas casas! No hay fe, D.^a Dorotea, no hay fe... Las pobrecitas monjas, como están allí encerradas, y no pueden exhibir sus necesidades, pues si las buenas almas las dejásemos, ¿qué sería de ellas? Mire usted la pobrecita sor Concepción no tenía esta semana ni camisa que ponerse: he tenido que comprarla una docena; una caja de medias de lana para la madre Priora, que está llenita de reuma y aquel caserón es húmedo como un pozo; maderas de seda, tul, cintas para los escapularios ¡qué sé yo!

—¿Y esto qué es?

—Pañuelos para el P. Tejon: la comunidad se los da de algodón y él los necesita de hilo; ya sabe usted que tiene la punta de la nariz muy delicada... Además dos frascos de colonia para el hermano Sacristán, un molde para cortar las formas, encajes para arreglar los roquetes, y una palmaria de plata, porque aquella de latón que tienen es horrorosa...

—¿Y este rollo?

—Unas sabanillas para el altar de los Dolores de nuestra parroquia: ya sabe usted que está muy desmantelada y que el pobre don Dimas no puede con tanta carga.

—Pues ya se le habrán ido á usted algunos cuartitos...

—¡Uf! Pasa de setenta duros.

—¡Jesús!

—¿Y qué va usted á hacer? Hay que vestir al desnudo... Es una obra de caridad.

—Sí, sí, es verdad. Y apropósito... ¿Sabe usted la niña de aquella viejecita de la buhardilla de casa que vende trencillas? Pues, hija, la pobrecita va descalza de pie y pierna y con el frío que hace en este Madrid...

—¡Ay, Señor, cuántas calamidades!

—Pues, habíamos pensado entre todas las vecinas comprarle unos zapatitos y unas medias, y yo dije: «pues en cuanto vea á Doña Rita se lo diré, y nos ayudará.»

—¿Quién, yo? Ay, hija, no puedo con tanta carga; si le parece á usted que hago poco todavía... No, no, conmigo no cuenten... Vaya, me voy, que son las once, y aquellas pobres monjitas me estarán esperando como agua de Mayo... Ea, abur.

—¡Vaya con Dios, alma caritativa!...

FRAY GERUNDIO

La tonsura nacional

Un escultor de mérito, Julio Antonio, proyectaba, hace algún tiempo, erigir sobre el llamado «Cerro de los Angeles», en los alrededores de Madrid, un grupo estatuario dedicado al genio de la Raza. El «Cerro de los Angeles» es considerado como el centro geográfico de España.

No me entusiasman, ciertamente, esa solemnización de vagas auto-idolatrías nacionales. Ni, por otra parte, encuentro que el famoso «Genio de la Raza» merezcan, hasta hoy, honores excepcionales, pero nuestro eclesiasticismo ha querido suplantar aquel proyecto laico, y ocupar por cuenta propia aquel centro simbólico de España, con la erección de un monumento al Corazón de Jesús, sufragado, en pequeñas cuotas, por todos los católicos españoles; una verdadera tonsura impuesta al cráneo de España.

Ignoro en qué estado se encuentra ese proyecto, hasta creo fácil que no se llegue á realizar. Pero quiero hablar del significado que eso tendría, no ya como símbolo de la esclavización de la ciudadanía española, sino como símbolo de la decadencia artística y representativa en el culto católico externo.

Las formas de la adoración cristiana, desde los orígenes, han evolucionado considerablemente. Es un tema bien tentador, digno de un libro, en donde se podría ir siguiendo la correspondencia entre la pureza de la fe y la estética de las representaciones. El primer grado, bien cerca de la rigidez mosaica, es la ausencia absoluta de toda imagen real. Se admite, pero una representación geroglífica, una forma fonográfica, que se fundamenta en las letras del nombre y la significación de Jesucristo. Es aquel famoso signo del Pez, existente aún en las catacumbas y vulgarizado por la conocida novela *Quo vadis*.

Tiempo después, comenzó la adopción de la Cruz como símbolo cristiano. La Cruz era anterior al cristianismo, como signo religioso. Su representación, conservada en la austeridad cultural del protestantismo, es puramente simbólica, huérfana de toda idolatría. Pero más adelante, la influencia de la cultura pagana, más dormida que muerta, adopta la representación de las formas humanas. La Iglesia oriental, menos atrevida, acepta sólo la representación, en dos dimensiones, eso es: la pintura, el icono.

Pero la Iglesia romana acepta francamente la representación escultórica. Eso da, como es sabido, un impulso formidable y glorioso á las artes plásticas. Mas todo lo que gana el arte lo pierde la pureza ideal de la fe. Al principio, las imágenes no son aún adoradas, por sí mismas. Una gran abundancia de representaciones materiales, corpóreas, florece en los templos. Hasta el Espíritu Santo está pintado en forma humana, antes que se ordene su plasmación en forma de paloma, como ya se adoraba al Hijo en forma de cordero ó de pelícano.

El Padre tiene dos representaciones juntas, la humana y la del triángulo simbólico, con el ojo de la Providencia. Las representaciones de la Virgen y de los

Santos completan aquella esplendidez estética, verdadero tesoro de las viejas culturas.

Pero los peregrinos, las romerías, la adoración de los Santos, introducen pronto el culto de las reliquias, primera forma del fetichismo cristiano. La reliquia es el amuleto, el defensivo, el factor de milagros; es el rebajamiento de la protección divina á un objeto material. Por otra parte, la adoración á las imágenes va degenerando cada día más en idolatría, porque ya no se adora á la entidad divina, bajo la sugestión visual de la imagen, sino que se adora á la imagen por ella misma, como con vida individual separada de su propia significación, inseparable de la manera con que se construye. Nace el culto á la Virgen de tal ó tal advocación ó patronaje, venerada en tal ó cual ciudad, en determinado templo ó capilla; nace el culto al Santo Cristo, que se encuentra en ese ó aquel rincón de tal iglesia. Es el culto concreto, empírico, materialista. ¡Qué lejos estamos de las fulminaciones terribles de la Escritura! En los propios Mandamientos de la Ley de Dios, los catecismos suprimen la taxativa y catagórica prohibición de ese culto de las imágenes que acaba por producir la formidable explosión de la Reforma.

En nuestros días, el culto católico aún ha bajado un grado más, en esa decadencia, en esa interpretación plebeya y literal de las sagradas fórmulas; es la representación material de las metáforas cristianas. Los jesuitas son los principales culpables. El arte barroco, forma arquitectónica del culteranismo literario (Churriguera y Calderón se parecen), es consustancial con el culteranismo jesuítico.

Hay pórticos de iglesia en donde las invocaciones de la letanía son colgajos pobremente representados en piedra, formas curiosas de pastelería. Y el culto del Corazón de Jesús es la más significativa de esas desvirtuciones, porque ha confundido la memoria de la bondad inagotable del Cristo con la concreción material de una víscera circulatoria!

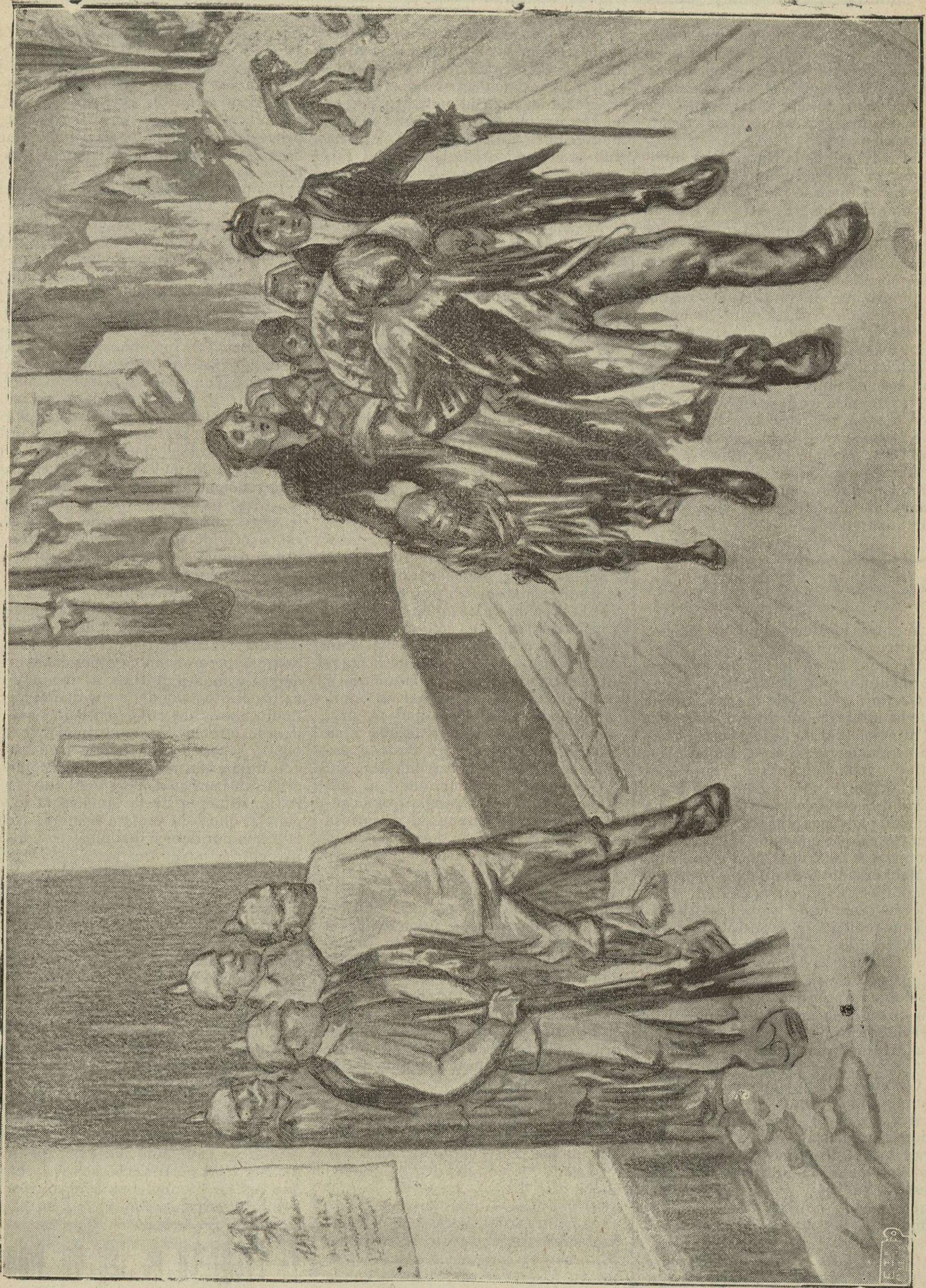
Si el proyecto de aquellos católicos prospera, eso será precisamente un caso formidable de galicismo, aunque pese en aquella pobre gentecilla, seguramente compuesta de germanófilos. El Corazón de Jesús es una ideografía francesa, y está lejos de la tradición católica española, mucho más seca y dura que esas mágicas dulzuras. Y el propio monumento del «Cerro de los Angeles», si llega á erigirse, no será más que una copia atenuada de aquella basílica del «Sacré Coeur», de Montmartre, que tiene ante sí la estatua del caballero de la Barre, martirizado horriblemente por no haber querido descubrirse al paso de una procesión...

GABRIEL ALOMAR

LIBERTAD...

Contentáos con la Naturaleza y sed salvajes. Otaiti, por ejemplo, es un paraíso. Solamente que en ese paraíso no se piensa, y más valdría un infierno inteligente que un paraíso bestia.

Pero, no; no estamos en esa alternativa, seamos la sociedad superior á la Naturaleza. Sí, porque si nada añadís á la Naturaleza, ¿á qué salir de ella? Contentáos con el trabajo como la



Bélgica en invierno.
(Raemaek rs.)

hormiga, ó con la miel como la abeja; quedáos en la condición de bestias en vez de elevaros á la inteligencia reina. Si añadís algo á la Naturaleza seréis necesariamente más grande que ella: añadir es aumentar, es crecer, engrandecerse.

La sociedad es la Naturaleza sublimada. Yo quiero todo lo que no tienen las colmenas ni los hormigueros; los monumentos, las artes, la poesía, los héroes, los genios. Elevar pesos eternamente no es la ley del hombre. No, no; no más parias, no más forzados, no más condenados.

Quiero que cada uno de los atributos de hombre sea un signo de civilización y un símbolo de progreso; quiero la libertad ante el espíritu, la igualdad ante el corazón, la fraternidad ante el alma.

No, no más yugos; el hombre ha sido creado, no para arrastrar cadenas, sino para desplegar alas. No quiero más hombres reptiles; quiero la transfiguración de la larva en lepidóptero; quiero que el gusano se transforme en flor, y que viva y remonte su vuelo...

VICTOR HUGO

DE LA SEMANA

Mientras los demás pueblos luchan, nosotros discutimos.

He aquí cómo lo hacían ayer un germanófilo y un aliadófilo.

Germanófilo.—¿No me asegurabas que la intervención de Rumanía era el principio del fin de la guerra? Pues ya ves: como si tal cosa. Aquel ejército de 700.000 hombres, con numerosa artillería y perfectamente organizado, que tú me describías, sólo ha servido para proporcionar, en los dos frentes en que combate, dos ruidosas victorias á las tropas de Falkenhany y Mackenssen. Y es que vosotros, los aliadófilos, os ciega la pasión, y no queréis creer en el triunfo de Alemania aun teniéndole delante de los ojos.

Aliadófilo.—Así es, en efecto; ni aun teniéndole delante de los ojos. Había yo de ver á Alemania ocupando dobles y aun triples territorios de los que ocupa en Francia, Bélgica, Servia y Rusia, que es á lo que tú llamas triunfo, y no por eso creería en él.

Germanófilo. (Algo amoscado).—Tú me dirás porqué.

Aliadófilo.—Pues porque para triunfar no basta llevar la guerra más ó menos dentro del territorio enemigo, sino que es menester, sobre todo, destruir sus ejércitos. Este es un pequeño olvido que han padecido tus amigos los teutones, y ya verás cómo les cuesta caro.

Germanófilo.—Más de dos años llevas diciéndome lo mismo sin que los hechos confirmen tus predicciones. Yo á los hechos presentes me atengo. Todo lo demás son cuentos.

Aliadófilo (exaltándose).—Todo lo demás es cerrazón y temeridad vuestra. También es un hecho de posibilidad momentánea hacer remontar las aguas de un río. Sin embargo, ¿no es una locura intentarlo de modo permanente? Pues, quiéraslo ó no, esa ha sido la ceguera y la locura del Imperio alemán.

Germanófilo (vivamente). Hombre, no digas dislates. ¿Dónde está la semejanza entre ese hecho y la conducta del Imperio?

Aliadófilo (con calor).—¿Qué dónde está? Pues bien á la vista. Desde la preponderancia alcanzada en 1871, el Imperio alemán ha querido regir la vida política y económica de Europa, exclusivamente por la presión de la Autoridad y de la Fuerza; es decir; ha querido remontar la corriente del progreso, olvidando que la fuente madre de donde brota es la Libertad. Claro que mientras las aguas corrían por el llano, parecía hacedera la empresa de hacerlas remontar: todo era cuestión, según los técnicos, de reforzar suficientemente el dique. Creyéndole bastante sólido, el Imperio se lanzó á la lucha, sin que bastara á detenerle el mar de sangre en que iba á anegar á Europa. Mas el dique cruje y se resquebraja ya por varias partes, la presión de las aguas crece más y más cada día, y es sólo cuestión de tiempo el arrollarlo. Un año más ó un año menos, ¿que importa ante la magnitud y trascendencia de la lucha? ¡Y es ahora cuando quieres que reconozca el triunfo de Alemania! ¡Ahora, cuando el propio Kaiser releva á su Jefe de Estado Mayor y duda y enmudece temiendo la terrible derrota!

Germanófilo (escurriendo el bulto).—¿Pero me vas á negar que su sucesor ha sabido detener la victoriosa ofensiva de los rusos, hecho retroceder á los rumanos hasta sus fronteras y aun invadido su propio territorio?

Aliadófilo.—No puedo negártelo, Rumanía cometió, sin duda, un grave error estratégico invadiendo la Transilvania. En vez de esto, debió ayudar enérgicamente al ejército de Salónica á cortar á los Imperios Centrales el camino de Oriente, á fin de encerrarles en Europa. Ese error les ha librado momentáneamente de tan grave peligro; pero momentáneamente nada más, porque repito que la presión...

Germanófilo (interrumpiendo).—Mira, te he dejado despacharte á tu gusto, pero no te hagas la ilusión de que me has convencido ni tanto así. (Señalando la uña del dedo). Me voy: Hasta otro día.

Aliadófilo. Adios, chico. Que te vaya bien. (Solo). Estos tienen la cabeza dura como piedra berroqueña; pero me parece que de esta vez se les va á quedar más blanda que la cera.

M. M.

Quien quita la ocasión...

Cada vez que me entero de que un ciudadano ha entrado en la cárcel por no haberse descubierto al paso de una procesión, me siento más inclinado á indignarme contra él que contra quien le encarcela.

Las procesiones, no digo ya en un pueblo de corto vecindario, en una ciudad populosa, no pueden pillar de improviso á nadie. Los campanillazos, las luces, los berridos de los que cantan, el murmullo de los que rezan, hasta el tufo chotuno de los que creen que el agua sólo sirve para bautizar y ser bebida, avisan á tiempo su aproximación. ¿Por qué, pues, no escapan á toda prisa los transeuntes pacíficos, ó se refugian en el rincón más apartado los que en sus casas están? ¿O no han oído nunca aquella máxima evangélica, precisamente, «el que ama el peligro en él perece».

Comprendo que en la calle se le eche encima á un hombre honrado un toro, un perro rabioso, un fraile ¿pero una procesión? Se necesita estar sordo, ciego, sin olfato, ó paralítico. Al que se halle en plena posesión de sus sentidos y sus remos, no puede ocurrirle eso nunca.

Por lo tanto, me permito aconsejar á mi amigo Félix Luna, preso por esta causa en la cárcel de Los Santos, que no vuelva á permanecer quieto y sin descubrirse ante ninguna procesión, confiado en que el artículo tantos de la Constitución ampara su derecho. En cuanto huela, vea, oiga ó sospeche que puede tropezar con alguna, fie más de su constitución orgánica para salir al galope, que de la Constitución de la Monarquía española, que sólo ampara á quienes se la pasan por debajo de donde bien les parece.

Lo que ese amigo ha hecho, es lo que debieran hacer todos; esto es indiscutible. Pero en un país donde nadie da ejemplo de virilidad y entereza, ni el derecho es respetado, ni la ley cumplida, ni la justicia aplicada, es triste que un individuo vaya á la cárcel por dar público testimonio de sus convicciones.

¿No escaparía ese amigo, por valiente que sea, de un perro rabioso? Pues imagínese que todos los que van en una fiesta de esas lo son, y llame á talones si incautamente tropieza con alguna, sin creer por ello que ultraja sus convicciones.

Y dicho esto, sólo me resta pedir perdón á los perros rabiosos si creen que los he ofendido al compararlos con los clericales.

El Progreso es ley de vida

Y que progresamos no hay manera de ponerlo en duda.

La Prensa avanzada de Jaén se escandaliza porque el alcalde y un cura de Campillo Arenas sepultaron un cadáver entre dos olivos. ¡Dichosos olivos y feliz mortal, ó feliz muerto! Y perdone la Prensa avanzada de Jaén mi opinión atrevida. Es hija de mi deseo de ser útil á mis semejantes y atender de paso una deuda sagrada.

Yo no espero ya, en mi arruinada existencia, hacer cosa mayor para que la posteridad obtenga algún provecho, cosa que pregone mi paso por los senderos de la vida; sin falta de fe, entusiasmo y coraje; y en el orden de las intenciones han llegado á pervertirse las mías á tal extremo, que dudo siempre de las ajenas; pero si tuviera la suerte de encontrar el día de mi último desperezo un cura y un alcalde que con mis restos fecundaran la cepa de dos olivos, tendría la dicha de producir algo después de muerto, en descargo de una vida tan inútil, por loestéril, aunque en términos de comparación sea menos perjudicial que la de otros muchos que de útiles y necesarios blasonan.

Volvería, sin entorpecimientos, al seno de mi madre Naturaleza, y, al liquidar el caudal de materia inútil para seguir animada paseando entre ustedes el viviente yo, por desgaste de su peculiar mecanismo, le devolvería todos los elementos que ella generosamente me ha ido cediendo en usufructo, en el lapso de mi orgánica existencia.

Ella, que no tiene nada suyo, repuestas sus reservas con el nuevo ingreso, lo pondría á disposición inmediatamente de los dos olivos, que eligiendo aquella parte que les fuera precisa para reconstituir las energías de su savia, aumentarían su florecencia y su fruto, elemento precioso de vida, legado por mí á la posteridad con sólo cumplir el deber de pagar una deuda.

Todo eso haría yo después de muerto, si lograra tropezarme á última hora con el cura y el alcalde de Campillo Arenas; si no tengo esa suerte, rodeado de mármoles y cruces, aunque sobre mis restos no se asienten unos ni otras, seguiré haciendo daño hasta después de muerto, porque ni el lugar que ocupe será aprovechable.

¿Pues y las complicaciones y disgustos que el procedimiento evitaría? Que si los aranceles son caros; que si el entierro ha de ser de primera ó de segunda, porque el difunto tenía una mesa aún en mediano uso y algunas sillas... Nada, dejad que pongan el arancel por las nubes, y ¡viva el prior de Campillo Arenas! Por mi parte á los olivos; que tengan siquiera aceite los que detrás de mí vengan.

Punto y aparte.

* *

Las cosas del Sr. Alba me han he-

cho revolver mi desordenado archivo. Porque el actual ministro de Hacienda tiene cosas. Algunas muy buenas, que se salen del marco en que actúa y que por eso no podrán acoplarse. Las demás son del género acostumbrado, pero las que tienen relación con los diferentes impuestos territoriales, son muy buenas cosas, que es preciso que no se le olviden aunque le cuesten la caída del Ministerio. Tampoco son despreciables la reforma del Banco y del arriendo de Tabacos, pues se están cayendo de su peso.

Si la Monarquía no resiste esa inyección—lo cual tengo por seguro—hay que decir á D. Santiago dónde está vacante su puesto.

Mas como yo tengo la debilidad de ayudar á todo el que creo que puede llevar buena intención, voy á estampar una nota hallada entre mis papeles, por si le hicieran falta recursos para atenciones eclesiásticas, á fin de que por ese lado no desnivelen sus planes, si es posible.

Los tiene en sus propias manos. Es decir, en tan buenas manos puede que no estén, pero los puede encontrar fácilmente.

Según mis notas, que son de origen cristiano viejo y que me las dieron antaño en cifras redondas aproximadas, en los comienzos del presente siglo, hubo cuantiosas entradas en el fondo de reserva de las diócesis de Cataluña, por indemnización de antiguas capellanías. Una racha piadosa que pasó por el ministerio y en los archivos de Hacienda deben obrar los antiguos expedientes.

Veamos lo que debió entrar en esta capital, sobre poco más ó menos: Indemnizaciones:

A San Pedro de las Puellas, pesetas, 650.000; á San Cucufate, 650.000; á San Jaime, 500.000; á Santa María del Mar, 1.000.000; á Santa María del Pino; 750.000; á San Severo, 700.000; á Santa Ana, 500.000; á los Santos Justo y Pastor, 600.000, y á San Miguel Arcángel y Nuestra Señora de la Merced, 600.000. Unos cinco millones novecientas cincuenta mil pesetas.

Aunque carezco de cifras, me dice mi archivo que se indemnizaron además capellanías de Berga, Manresa, Cardona, Calaf, Prat del Rey, Sampedor, Igualada, Villafranca del Panadés, Tarrasa, Moyá, Granollers, Mataró, la parroquia de la Piedad en Vich, Manlleu y Monistrol de Monserat.

He dejado á Monistrol para el último, por si llegara alguien á tener la curiosidad de ver su expediente caso seguramente inverosímil—rogarle desde aquí que se fije en la cantidad cobrada en su día por el Tesoro, por la desamortización de las fincas de aquella riquísima capellanía... y, tirando un poco del hilo, quizás, quizás se encontrara un hermoso ovillo.

En estos expedientes medió, como es natural, un agente ó representante, cuyo nombre me reservo por si no estoy en lo cierto, que como es natural, también trabajaría á comisión.

Pero de todos modos, ingresó en el fondo de reserva un buen pico, fondo que se administra en las diócesis respectivas, por lo que no hay duda de que debe estar escrupulosamente administrado, y que ahora el señor ministro de Hacienda, contestando al ruego justísimo de los preladados en favor de sus siervos, puede suplicarles que vean si con los intereses de los capitales acumulados en él desde 1851, en que fué fundado, pueden ocurrir á esas perentorias atenciones, según indica el art. 37 del Concordato.

Yo creo que la petición de los señores preladados es justa, porque se ven por la calle algunos clérigos cuyo aspecto no denota gran abundancia; y puesto que los queremos, justo es que los mantengamos; pero en estos tiempos de penuria, no está demás mirar antes si pueden arreglarse con lo que tienen en casa.

F. RIVAS

Barcelona.

EL CLERICALISMO

Tener que vivir en España por necesidad, es la mayor desgracia que puede acontecerle á una persona. Vivir en un pueblo provinciano es, para el español que piensa, algo así como someterse á torturas y vejaciones sin término. El que quiera en España llevar una vida tranquila y sin turbulencias, debe pensar como piensa el rebaño católico, como quiere el alcalde, como ordena el cura, como desea el cacique. Ha de aguantar pacientemente contribuciones, rezos, misas, desmanes gubernativos, atropellos judiciales, arbitrariedades clericales, fiestas religiosas, usurpaciones del fisco, insultos de las gentes simples, guerras coloniales y leyes absurdas. Ha de ajustarse á la santa simplicidad del medio. Su protesta contra la rutina nacional, ó contra la ignorancia dominante, ó la credulidad insensata de los españoles, ó la mentira religiosa, ó la farsa gubernamental, ó la torpeza de los funcionarios públicos, se perderá en el vacío, cuando no sirva para que su cuerpo dé con los huesos en la cárcel.

Tales pensamientos me ha sugerido la lectura en EL MOTIN de un artículo escrito por doña Rosario de Acuña. Las persecuciones de los clericales contra la ilustre escritora llegan á un grado de salvajismo impropio de este siglo. Para evitar los desafueros de la gente nea, la anciana poetisa se aisló hace tiempo completamente. Y según ella misma refiere en su artículo, cuando ha necesitado acudir á las fuentes del dominio público para surtir de agua su casa, las crédulas gentes de las cercanías se han opuesto á ello por no ser católica. Al recurrir más tarde al Ayuntamiento de Gijón, éste ha desoído también la queja.

Hechos de tal naturaleza hacen que nos preguntemos: ¿En qué país vivimos?

Mas inmediatamente salta la respuesta. ¡Ah, sí! Vivimos en España. Y aquí, en la tierra de María Santísima, en la tierra de la Pilarica, en la tierra de la Virgen de Begoña, de la Virgen de Montserrat, de la Virgen de Covadonga mandan los reaccionarios. Aquí es un delito vivir fuera de la religión católica; aquí se persigue villanamente á una mujer ilustre que vive fuera d-l catolicismo; se acorrala á los librepensadores sinceros y decididos, se apedrean las capillas de los protestantes, se procesa y condena á quien vende «El libro de Bossi», *Jesucristo nunca ha existido*, y se secuestra la edición cual si estuviéramos en los tiempos inquisitoriales; se envía á presidio á periodistas por escarnio á la religión, aunque el escarnio no exista sino en la imaginación de los fiscales, escarnecedores de la máxima cristiana que obliga al perdón de las injurias. ¡Ah, sí! Vivimos en España, el país de las corridas de toros, de las pergrinaciones, de los catorce millones de analfabetos, de los veinte mil pueblos sin escuela, de los maestros hambrientos, de los obispos millonarios; de los capitalistas hipócritas, de los gobernantes prestamistas y usureros, de los reves por la gracia de Dios.

No constituye un baldón ser español. Al hombre debe importarle muy poco nacer más acá ó más allá. Pero encogerse de hombros ante las enormidades que en España son el pan de cada día, sí es un bochorno para todos los españoles. ¿Son, en efecto, nuestros conciudadanos libres para pensar, para escribir, para manifestarse dentro de la Constitución? ¿A qué entonces esa inquina y esa tenacidad en perseguir á los que piensan, escriben y viven sin sujetarse á las reglas que el clericalismo pretende imponer? ¿Por qué el continuo atropello de las garantías constitucionales contra ciudadanos honrados?

Los clericales consideran ataque á la religión la menor demostración de indiferencia religiosa; husmean, intrigan, inquietan hasta que hacen caer injustamente el peso de la ley sobre quien no cometi6 otro delito que el no ser clerical. Una simple frase, un débil comentario acerca de los ministros de Dios ó los atributos de éste, tiene la eficacia de transformarse en varios años de cárcel; una inofensiva alusión á cualquier símbolo, cuesta procesos enojosos y sentencias injustas. Es que el clerical es ruin, es egoista, es es rastrero; no tolera, no transige, no perdona. Para él el Evangelio no existe; el amor al prójimo no alcanza á los de credo distinto; la misericordia queda relegada á último término. El mayor interés del clerical está en matar la heterodoxia, el libre examen, la libertad de conciencia anulando á la persona si es posible. Aprendió del jesuitismo que todas las armas son buenas y las emplea todas hasta alcanzar la destrucción del que discrepa de sus creencias. Es clerical el burgués que explota despiadado á sus obreros y paga al mismo tiempo una capellanía; es clerical el cacique que domina uno ó varios pueblos y se ayuda de la religión como complemento de sus rapacidades. El clericalismo se ha hecho endémico en España. Somete por igual á los de abajo y á los de arriba. Cada vez que un apóstata ingresa en el redil católico el clericalismo echa las campanas á vuelo y pregona su triunfo á son de bombo y platillos; cada vez que inmola una víctima indefensa cree haber ensanchado el recinto celest

tial. Por eso no tiene perdón el clericalismo. Debemos ahogarle cuanto antes si no queremos que él nos ahogue».

VOLNEY CONDE-PELAYO

DE MALLORCA

¡Ya tenemos obispo!...

En su llegada particular hubo unos centenares de requetés y otros cientos de beatas viejas y tipo característico.

En cuanto á la entrada oficial, siguiendo añeja costumbre, se rodeó de magnates y gente rica en vez de ser su cortejo los pobres. La efectuó en domingo, como las corridas de toros. Hubo mucha gente de esa que emplea los míseros jornales que le dan investirse como señores, comiendo como puercos.

No faltaron requetés, ni luises, antonianos, mercenarios, frailes de gran panza y de varias ganaderías ni niños inconscientes.

Las monjitas sueltas charlaban animosamente; los curas aplaudían frenéticamente ¡viva nuestro padre!, en el paroxismo del delirio llegó á gritar: ¡viva el kaiser! El pueblo calló. Aquí todo el mundo es muy prudente.

¿Viva el kaiser, en la entrada de un pastor que tiene por misión llevar la paz á los hogares? Esto demuestra cómo andamos por acá de cultura y sentido común.

Tendrá España que hacer con Mallorca lo que con Marruecos: civilizarla.

¿Mas cómo, si toda España es Mallorca para esto del clericalismo?

CARLOS MATEO

Convento de Palma, 15 Abril de 1916.

En la iglesia del pueblo de San Fructuoso (Oviedo), unos desconocidos subieron al campanario la noche del 19 y destrozaron las campanas, valiéndose de cartuchos de dinamita.

Siento vivas simpatías hacia esos individuos que se han expuesto seguramente á ir á presidio por librar del tormento del campaneo á los vecinos de aquel pueblo, puesto que ningún provecho personal iban buscando.

Y sentiré en el alma que se averigüen sus nombres, ya que ellos modestamente los ocultan.

Esto se llama cumplir al pie de la letra este precepto: «que ignore tu mano izquierda lo que hace tu derecha».

El verdadero altruismo debe ser así: silencioso.

Curandero á la antigua

En Begoña venía desde hace tiempo dedicándose á la profesión de curandero un sacerdote.

Rápidamente extendióse su fama y de apartados pueblos de la provincia venían enfermos á ponerse en manos del sacer

dote, cuyas curas reputábanse de casi milagrosas.

Para justificar el ejercicio de su profesión había colocado en la puerta de su casa una placa con el nombre de un médico que desempeñaba la titular en un pueblo lejano.

El sacerdote hacía todas las curas con medicamentos de su invención y de remedios extraños. Por ejemplo: á los tuberculosos les obligaba á llevar un cabrito vivo, que él mismo sacrificaba. El curandero se quedaba con la mitad de la res. Otra mitad debía colocársela el enfermo sobre el pecho, teniéndola encima sin quitársela hasta que la carne oliera mal por haberse descompuesto.

El Juzgado del distrito del Centro, enterado de estos hechos por una denuncia que presentó el Colegio de farmacéuticos personóse en la casa del cura, donde había numerosos enfermos esperando turno.

Sorprendido «in fraganti», fué detenido, y después de declarar, ingresó en la cárcel.

Probablemente se procederá también á la detención del médico cuyo nombre figuraba en la placa, pues, según parece, se prestaba á esta superchería por una retribución mensual.

¡Los hay, hija, que ya, ya!

JOSÉ MOLLE

(De La Farmacia Española.)

Pensamiento

Los sacerdotes de todas las religiones os vendan los ojos; luego os toman de la mano para servirlos de guía, y á cada paso, os dicen:

«Tened cuidado; la noche está cada vez más oscura; ¡estáis rodeados de precipicios!»

Algunos audaces se arrancan la venda, y ven que el sol brilla, la naturaleza es hermosa y riente, la tierra es firme y no hay más precipicios que en la palma de la mano.

«Desgraciados, grita el sacerdote entonces; volved á poner la venda; os váis á extraviar.»

EMILIO LECERC

OBRA IMPORTANTE

Historia de la prostitución
en España y América

E. RODRIGUEZ-SOLIS

Dos tomos en folio, llenos de láminas y grabados.

QUINCE pesetas en rústica

Para los suscriptores de EL MOTIN 25 por 100 de rebaja.

Para recibirla franca de porte, y certificada, deben añadirse 50 céntimos.

No se trata de un libro pornográfico. Por los muchos estudios que representa, y la multitud de datos que contiene, es una obra de gran utilidad para cuantos leen por gusto ó estudian por necesidad.

De tan notable libro quedan tan solo ocho ejemplares, que su autor ofrece en las condiciones apuntadas á los suscriptores de EL MOTIN.

«TIP. LA ITALICA», VELARDE 12, MADRID